

MIGUEL DELIBESpor el P. Federico Sopena

Para un grupo, para nosotros, Valladolid es Miguel Delibes. Lo fué, al principio, desde lejos, al leer "El Norte de Castilla" que preparó e hizo viva "su" difícil libertad de Prensa poniendo el Concilio como tema clave. Desde lejos, Miguel Delibes aparecía como muy afanoso de presencia: le era fácil vernos en Madrid pero él se empecinaba cordialísimamente en la invitación al viaje, en la invitación para hablar en la sala del periódico. La vida cultural española padece bien agudamente los males de nuestro tiempo: la dirección desde el centro, la real "nacionalización" de tantas cosas y el que las viejas realidades de la libertad "provincial" -Ateneos, Sociedades Filarmónicas- pierdan su personalidad de vivo liberalismo, aunque hagan más cosas a través de la "subvención". Lo de antaño en los Ateneos y círculos se hace presente. vivo, hermosamente liberal en la sala de "El Norte de Castilla". Hay -seamos nobles con el pasado que se ha querido enterrar- una herencia: Don Santiago Alba fué, junto a Don Francisco Cambó -su permanente rivalidad fué una de las más grandes desgracias de la política española-, el "raro" político rigurosamente técnico en saberes de economía y entendido, bien entendido y Mecenazgo, en el mundo de la cultura. La herencia es actualidad en esa sala: sólo allí he hablado a gusto de Pablo Casals, porque sólo allí se me fué el orden a la pasión "liberal" para hablar, sí, de Casals,

MIGUEL DELIBES

por el P. Federico Sospita

Para un grupo, para nosotros, Valladolid es Miguel Delibes. La  
 fue, al principio, desde luego al leer "El Norte de Castilla" que presen-  
 e hizo viva "su" difícil libertad de prensa pensante el Consejo como una  
 clave. Desde luego, Miguel Delibes aparece como un signo de presencia  
 la era local veros en Madrid pero el se agotaba seriamente en la  
 investigación al viaje, en la investigación para hablar en la sala del periódico.  
 la vida cultural española parece una gran cosa los años de nuestro tiempo.  
 por la dirección desde el centro, la "revolución" de tanta cosa  
 y el que las cosas realizadas de la libertad "provincial" -Atenas, social-  
 des "liberación" -piden su personalidad de vivo liberalismo, aunque según  
 las cosas a través de la "intervención". Lo de antes en los años y otros  
 los se hace presente, vivo, honestamente liberal en la sala de "El Norte de  
 Castilla". Hay -aunque no es el pasado que es la cuestión anterior- una  
 herencia: Don Santiago Azaña fue, junto a Don Francisco Galdós -su pensamiento  
 rivalidad fue una de las más grandes herencias de la política española- el  
 "vivo" político rigurosamente técnico en saberes de economía y entendido,  
 bien entendido y honesto, en el mundo de la cultura. La herencia es actual-  
 lidad en esa sala: solo allí se hablaba a gusto de Pablo Casals, porque así  
 lo allí se fue el orden a la pasión "liberal" para hablar, al, de Casals.

pero no menos de Jhon Kannedy, el único Jefe de Estado al que nuestro artista pudo admirar y querer.

Después de la conferencia, Miguel Delibes preside la cena en casi taberna y la tertulia larga, larga. Tostado de la caza, cubierto con boina, Delibes es el señor liberal de nuestro tiempo. Lo más bello y lo más angustioso del auténtico liberal es la duda porque un señor como Delibes hereda quizás bienes, pero hereda sobre todo, cortesía, amor por la ciudad abarcable, deseo de gran crecimiento industrial, claro conocimiento financiero, amor del campo a través del señorío de la caza, gusto por la comodidad de la charla y, no sé, un cierto romanticismo, mucha soledad, muchas lecturas. Eso que pudo ser solo nostalgia, que a veces quiere ser compatible con técnica de Consejos de Administración, eso, tan frágil en el espíritu, ha sufrido y sufre la llegada del terremoto: el Concilio. Un señor liberal, un gran señor como Delibes acude a la llamada, sabe su peligro, conoce lo que es sentir en la madurez que lo edificado no es sobre roca sino sobre arena, quiere y no puede a veces, vive la tentación de no querer lo que se puede, debe descender de las soledades del campo, de un hogar que uno se imagina confortable, rico de recuerdos, comodísimo, descender de eso a la lucha diaria, a la lucha amarga y casi violenta que necesita de la pasión y de la astucia -como en la caza pero, en lugar de juego, "misterio con peligro"- que debe escoger enemistades que duelen y amistades que fastidian, que impide radicalmente "vivir de las rentas" del espíritu.

Frente a tanto joven que aparece como "rebelde subvencionado", el libe-

pero no menos de John Kennedy, el único jefe de Estado al que nuestro  
artista pudo admirar y gozar.  
Después de la escuela, Miguel Delibes preside la casa  
en casi todas y la familia larga, larga. Forzados de la casa, cu-  
bierto con boina, Delibes es el señor liberal de nuestro tiempo. Lo  
más bello y lo más angustioso del auténtico liberal es la duda porque  
un señor como Delibes necesita guisar ideas, pero haré todo, con-  
tando, amor por la ciudad española, bases de gran crecimiento industrial,  
claro conocimiento científico, amor del campo a través del deporte de  
la casa, gusto por la comodidad de la ciudad y, no sé, un cierto roman-  
tismo, mucha soledad, mucha incertidumbre. Ese que pudo ser solo monár-  
ca, que a veces quiere ser aristócrata con vestimenta de campesino de la  
naturaleza, eso, tan frágil en el espíritu, la cultura y ante la ligere-  
za del momento: el honorífico. Un señor liberal, un gran señor como  
Delibes como a la llamada, casi un peligro, aunque lo que se siente en  
la manera que lo educado no es sobre todo sino sobre arena, guiso  
y no puede a veces, vive la tentación de no querer lo que se puede, de-  
se de descender de las soladuras, del campo, de un hogar que uno se imagi-  
na confortable, rico de recuerdos, comodísimo, descender de uno a la in-  
cubierta, a la zona amarga y casi violenta que necesita de la patria  
y de la escuela - como en la casa pero en lugar de juego, "misterio con  
peligro" - que debe encontrar enmascaradas que huelen y amañadas que testi-  
fican, que también radicalmente "vive de las rentas" del espíritu.  
Frente a tanto joven que aparece como "rebeldes subvencionados", el libe-

ral como Delibes, el liberal sin partido y sin Parlamento, se siente  
con frecuencia a la intemperie, desarrapado, incomprendido en casa,  
casi Judas para el pequeño "gran mundo" y, lo radicalmente horrible,  
 alimentándose de la duda porque ese liberal nunca conocerá el plani-  
 ficador aplacamiento de la demagogia. La ganancia es muy grande, sin  
 embargo, pero solo en la esperanza y, por lo tanto, en el sacrificio:  
 que el "humanismo" del liberal se haga diálogo con Dios, fe pa-  
ra nuestro tiempo -lo que vivió Marañón tan fecundo en libros, en el  
casi silencio- herencia para el otro mundo de los hijos.

Ese drama, esas renunciás, esa doble esperanza acaba de ha-  
 cerse novela, serena y apasionada novela en la de Miguel Delibes que  
 se titula "Cinco horas con Mario", un monólogo preciso y alucinante de  
 una mujer española tradicional, equivocada y conmovedora, segurísima y  
 frágil, casi pobre pero hambreado la ostentación, desgraciada a lo que  
 se quiere porque solo es culpable a medias, porque es capaz de no des-  
 trozarse entre la vida pequeña y el sueño ambicioso, pobre mujer que da-  
 ría la vida por los hijos pero que los educa mal, tontamente mal. La  
 confluencia entre una "tercera España" de dentro, entre una minoría  
 que no puede llamarse "inmensa" a lo Juan Ramón, entre esa pequeñez  
 exangüe de número y de poder con el vendaval del Concilio, se hace car-  
 ne en ese Mario casi sin nada, depresivo, hablador, que da testimonio  
sabiéndolo inútil, que ni se atreve a ser marxista, que no puede serlo  
porque comulga en una iglesia con la que no está de acuerdo. Mario  
 se salva, sí, del suicidio pero se le rompe el corazón porque ya ni

tal como Delibes, el liberal sin partido y sin fundamento, se siente  
con frecuencia a la izquierda, desorientado, inconsciente en casa,  
casi todas para el pequeño "gran mundo" y, lo realmente horrible,  
alimentándose de la vida porque los liberales nunca conocen el plani-  
ficador espantoso de la demagogia. La ganancia es muy grande, sin  
embargo, pero solo en la esperanza y, por lo tanto, en el sacrificio;  
que el "humanismo" del liberal se haga, el diálogo con Dios, la pa-  
ra nuestro tiempo - lo que vivo luchando con fuerza, en el  
casi atómico - herencia para el otro mundo de los hijos.  
Las ideas, esta tendencia, esa doble esperanza acaba de ha-  
cerse novela, novela y especulación sobre la de Miguel Delibes que  
se llama "Cinco horas con Mario", un diálogo preciso y limitado de  
una mujer española tradicional, equívoca y conservadora, religiosa y  
triste, casi como para heredar la estereotipada, desventurada a lo que  
se quiere porque solo se culpa a mujeres, porque se culpa de no des-  
truirse entre la vida pequeña y el mundo ambicioso, como mujer que da-  
ría la vida por los hijos pero que los odia mal, totalmente mal. La  
continúa entre una "tercera España" de dentro, entre las minorías  
que no puede llamarse "interior" a lo Juan Ramón, entre las pequeñas  
excepciones de número y de poder con el venenoso del Umbral, se hace un-  
no en ese Mario casi sin nada, desprovisto, hablador, que da testimonio  
sobriamente trágico, que ni se atreve a ser marxista, que no pueda serlo  
porque comienza en una iglesia con la que no está de acuerdo. Mario  
se salva, sí, del suicidio pero se lo roba el corazón porque ya ni

querer con el cuerpo puede. Recordando a Werther alguien dirá que Delibes escribe en la muerte de Mario la imposibilidad de la lucha. Pero nuestro tiempo no permite eso: hoy, mañana, Miguel Delibes seguirá luchando en Valladolid por lo mismo, con la exacta angustia de la madurez sin "renta", con el remordimiento de la otra renta, de la comodidad y de la cacería, oyéndose llamar señorito y demagogo. La gran novela de la España de hoy mismo -"Cinco horas con Mario"- parecerá a muchos negra, a muchos blanda, irritante para el poder, tímida para la oposición. Pero un estudiante de Biológicas -la Facultad más "vocacional" de hoy- que se llama también Miguel Delibes, no estará incómodo en esa también pequeña y frágil minoría de auténticos que todavía es algo en los Colegios Mayores.

guarar con el cuerpo queda. Recordando a Werther algún día que de-  
liber escribo en la mente de María la insubordinación de la noche. Pero  
nuestro tiempo no permite eso: hoy, mañana, Miguel Delibes según in-  
cumben en Valladolid por lo mismo, con la exacta argucia de la redacción  
sin "renta", con el pensamiento de la otra renta, de la coherencia y  
de la coherencia, exigencia literaria estricta y demagoga. La gran novela de  
la España de hoy mismo - "Cinco horas con María" - parecerá a muchos negra,  
a muchos blanca, irritante para el poder, tímida para la oposición.  
Pero un estudiante de Biología - la "vocación" de hoy -  
que se llama también Miguel Delibes, no estará inculcado en esa también  
pernada y fútil minoría de autores que todavía se alca en los Co-

José López